



El monje Laskaris

y otros relatos extraños y esotéricos

GUSTAV MEYRINK

Gustav Meyrink (1868-1932) entró en el mundo literario forzado por unas circunstancias adversas que dieron un vuelco radical a su vida. Joven propietario de un banco de Praga, provocador de escándalos, duelista, estudioso del ocultismo, fue víctima de una confabulación que estuvo a punto de costarle la libertad y la salud al ser acusado de desfalco. Por fortuna se declaró su inocencia, y poco después tuvo que hacer pública su bancarrota. La literatura se convirtió entonces en su refugio y en un precario medio de vida. En su obra, Meyrink vertió no sólo sus profundos conocimientos de ocultismo, alquimia, espiritismo y de las más variadas corrientes esotéricas, sino también una aguda intención crítica y satírica, fruto de los roces con la sociedad de su tiempo. *El monje Laskaris y otros relatos extraños y esotéricos*, reúne una selección de relatos extraídos de sus colecciones originales *Historias de alquimistas* y *Murciélagos*, que participan de los temas de sus grandes novelas (*El golem*, *El Ángel de la Ventana de Occidente*, *El dominico blanco*). Todos ellos son pequeñas piezas maestras (entre las que destacan *El ópalo* y *El cardenal Napellus*) que reflejan las peculiares obsesiones del autor: la alquimia, la búsqueda de la piedra filosofal, la inmortalidad del hombre... fruto de su tenaz estudio de la literatura especializada y los textos de personajes históricos como Roger Bacon o John Dee. Como dijo Max Brod: «los relatos de Meyrink ejemplifican el non-plus-ultra de todo escrito moderno. Su magnífico colorido, su escalofriante y extraña inventiva, su agresividad, su concisión de estilo, su abrumadora originalidad de ideas, tan evidente en cada sentencia y frase que parece que en ellas no hubiera nada gratuito».

PRÓLOGO

Gustav Meyer (1868-1932), más conocido por el pseudónimo de Gustav Meyrink, entró en el mundo literario forzado por unas circunstancias adversas que dieron un vuelco radical a su vida. Joven propietario de un Banco en Praga, provocador de escándalos, duelista, estudioso del ocultismo, fue víctima de una confabulación que estuvo a punto de costarle la libertad y la salud. Por fortuna se declaró su inocencia, pero su reputación profesional quedó definitivamente dañada y poco después tuvo que hacer pública su bancarrota.

Tras esa triste experiencia, que le obligó a abandonar, completamente arruinado, la ciudad donde había residido durante veinte años, la literatura se convirtió en su refugio y en un precario medio de vida. En su obra vertió no sólo sus profundos conocimientos de ocultismo, alquimia, espiritismo y de las más variadas corrientes esotéricas, sino también una aguda intención crítica y satírica, fruto de sus roces con la sociedad de su tiempo. La publicación de la novela *El golem*, ambientada en una Praga fantástica ya misteriosa, cimentó su fama literaria, poniendo de manifiesto su extraordinaria capacidad para recrear atmósferas siniestras y sobrenaturales, que envuelven al lector como una segunda realidad y ejercen una ominosa fuerza de atracción.

En este volumen hemos reunido una serie de relatos y cuentos que participan de los temas de sus grandes novelas, entre las que destacan *El Ángel de la Ventana de Occi-*

dente o *El dominico blanco*. Son pequeñas piezas maestras que reflejan las peculiares obsesiones del autor, obsesiones que le acompañaron durante toda su vida y que intentaba expresar desde las perspectivas más variadas. La alquimia, la búsqueda de la piedra de la sabiduría, la inmortalidad del hombre, eran, entre otras, las cuestiones que más le inquietaban, estudiando con tenacidad la literatura especializada, los textos de los personajes históricos más enigmáticos, como Roger Bacon o John Dee. Por añadidura, él mismo experimentaba con su propio cuerpo, sometiéndolo con una intransigencia rayana en el fanatismo a los ejercicios más exigentes. No obstante, su voluntad de llegar a los límites del saber y de la experiencia, desembocaba una y otra vez en decepciones y en una amarga frustración, dada la cantidad de estafadores y diletantes que frecuentaban (y siguen frecuentando) esos campos del saber. Su insobornable sed de autenticidad, pese a todo, se mantuvo incólume hasta el último día de su vida.

Los relatos y cuentos que hemos reunido, seleccionados de sus colecciones *Historias de alquimistas* y *Murciélagos*, nos ofrecen, asimismo, una idea clara de la técnica literaria y de las estrategias empleadas por el autor para captar la atención del lector, aunque Meyrink prefería hablar de «sugestión» antes que de técnica o estilo literarios. Con frecuencia sus textos generan una atmósfera extraña, con tonos místicos, que una y otra vez se ve rasgada por elementos irónicos y grotescos de crítica social. A veces el horror se funde con el absurdo en una simbiosis angustiosa y desesperanzadora. También se percibe en sus textos un poso melancólico o una visión triste y desengañada de la existencia, pero sin caer en el cinismo. Inspirado por Hoffmann, Poe y Dickens, cuya obra tradujo al alemán, Gustav Meyrink logró plasmar en sus novelas y cuentos una fascinante personalidad y un espíritu sensible y lúcido. Su originalidad creadora sigue siendo, pese a muchos intentos, inimitable.

J. Rafael Hernández Arias

EL MONJE LASKARIS

Der Mönch Laskaris (1925), incluido en Goldmarchergeschichten

FEDERICO III, el dilapidador y amante del lujo, el último Príncipe Elector de Brandemburgo y el primer rey de Prusia, cambió en el año 1701 el tocado curial por la corona real. Al principio, las consecuencias de este paso no fueron tan ventajosas como el ambicioso príncipe se había imaginado. Nuevas ordenanzas a favor del Estado y del ejército destruyeron rápidamente el bienestar que su predecesor, el Gran Elector, había logrado en sus territorios en sus últimos años de gobierno, mediante una cuidadosa política económica.

Este repentino cambio de las circunstancias se advirtió sobre todo en la capital. El orgullo de los berlineses de albergar ahora entre sus muros una residencia real y ya no meramente curial, tuvo que pagarse muy pronto con una desmesurada carga de impuestos y contribuciones. Por esta razón, la ciudadanía de Berlín, en parte aún rústica, así como las autoridades municipales, no tardaron en criticar con lengua viperina la nueva situación de la capital, siguiendo el ejemplo de los parisinos y otros ciudadanos ilustrados que habían despertado a la madurez política.

En aquel tiempo los ciudadanos de reputación no sólo se reunían para discutir acerca de política en las cervecerías, sino también en las pocas farmacias de la ciudad.

La más frecuentada de estas farmacias era la que se llamaba «Zum Elephanten», cuyo propietario, el digno y docto farmacéutico Zorn, gozaba de una gran fama como hombre muy prudente y conecedor del mundo. En su juventud había viajado mucho, había estado en Bolonia y Praga, en Sevilla y París; había trabajado en los laboratorios de famosos químicos, regresando a su ciudad natal, Berlín, como un hombre acomodado, maduro y muy experimentado. Adquirió la renombrada farmacia «Zum Elephanten» y en ella abrió asimismo un comercio con los más novedosos artículos de ultramarinos, donde se vendía el mejor café holandés.

Ante la puerta de la lujosa tienda había un negro de madera con una corona de hojas de tabaco en la algodonosa cabeza, que con una mano ofrecía tiras de papel para encender la pipa, mientras en la otra sostenía un cafeto, pues en aquel tiempo estos placeres aún pertenecían a los anaqueles de las farmacias.

Cuando se entraba en la amplia estancia de la tienda, al principio uno tenía la impresión de encontrarse en una suerte de sala de huéspedes, y no en la típica sala llena de frascos que suele venirnos a la mente cuando pensamos en una farmacia. En el centro de esa habitación había una mesa ancha, sobre la que estaban las bolsas de café y los pequeños vasos de aguardiente de comino para el uso de los clientes. Un joven de agradables maneras servía de vez en cuando a los clientes con café recién hecho, fuertes licores de la casa y aguardiente de frutas.

El auxiliar de farmacia, que unía en su persona el oficio de farmacéutico con el de vendedor y el de camarero, tenía unos veinte años de edad, era delgado, alto y poseía unos rasgos muy agradables. Unos ojos castaños y vivaces, en los que moraba un brillo fogoso, daban a su expresión un talante especial. Con su carácter amistoso y su espíritu abierto, se había convertido en un ayudante imprescindible, no sólo del propietario de la farmacia, sino también de

los clientes, desde que había llegado hacía tres años desde su ciudad natal, Schleiz, para aprender la profesión de farmacéutico con el maestro Zorn. Friedrich, como se llamaba, siempre se mostraba dispuesto a hacer recados y a prestar servicios de la manera más diligente; pero sobre todo se mostraba valiosísimo para su maestro en el laboratorio, debido a su inteligencia y a su capacidad de comprensión.

En un día de otoño del año 1702, la sala de la farmacia «Zum Elephanten» estaba llena de políticos, de ruido, humo de tabaco y aroma de café.

—Escuchadme —gritó al señor Zorn, el farmacéutico, un obeso burgués de hinchadas mejillas, de profesión comerciante en paños y digno miembro de la municipalidad, mientras le daba una confiada palmada en el hombro—, escuchadme, ¡aquí ya no tenemos ni voz ni voto! ¿También pesan sobre vos las graves cargas que nos han impuesto a nosotros, los pobres ciudadanos y comerciantes?

—¿Y por qué no iban a hacerlo? —respondió el señor Zorn—, ¿acaso os creéis que mis mixturas y píldoras se hacen de la nada y se pueden mezclar en la palma de la mano?

El grupo de ciudadanos a su alrededor se rió; pero el comerciante en paños no se amilanó. Guiñó los ojos con picardía a los demás contertulios y dijo al farmacéutico:

—Sí, sí, vuestras mixturas, querido amigo, eso lo sabemos todos, cuestan una fortuna. ¿Quién lo sabrá mejor que nosotros, que las tenemos que pagar? Aunque, bien pensado, de esos ingresos, por muy elevados que sean, se pierden sumas tanto más elevadas con las contribuciones al fisco. Pero no me refería a eso.

Y mientras el sabio concejal se volvía con cómica importancia hacia el círculo más próximo de huéspedes, siguió con el dedo alzado:

—¡Me refiero a que el docto señor tiene en su farmacia a su «maloliente Heinz», ese horno químico escupidor de fuego bajo el enorme fuelle allí abajo, en el laboratorio! ¡De

él manan, como si fuera la fuente de Moisés, arroyos de oro y plata! ¡Y encima suspira con nosotros, los pobres ciudadanos, por el caro honor que nos ha concedido la voluntad real, a nosotros, los pagadores de impuestos!

—No le crean —se defendió el farmacéutico con una sonrisa entre dulce y amarga y visiblemente incómodo—, ¡eso del «maloliente Heinz» es pura fábula! Os lo he dicho a menudo y os lo repito ahora: eso de la alquimia es una estafa y una necedad, y nadie debería despilfarrar inútilmente sus posesiones en los voraces crisoles.

Un movimiento se extendió entre el apretado grupo de los sonrientes ciudadanos. Con devota cortesía dejaron sitio a un señor que venía de la entrada de la tienda y que se aproximaba directamente al farmacéutico. Con voz oscura y acostumbrada a ordenar, le dijo al señor Zorn:

—¡En eso mentís, maestro!

Las miradas asombradas de los clientes se dirigieron hacia un hombre cuyo aspecto tenía que llamar la atención incluso en el presente Berlín, en el que el número de extranjeros procedentes de todos los países habidos y por haber no paraba de aumentar. El extranjero era de mediana estatura, pero su actitud rígida y orgullosa le daba una mayor prestancia. Llevaba la cabeza, con un pelo oscuro y rizado, sin polvos ni postizos. Bajo la pálida frente brillaban los ojos oscuros del tipo mediterráneo. La prominente nariz, los finos labios, el cuerpo bien formado con las manos delgadas y los gráciles pies, todo esto confirmó la impresión de que se trataba de un hombre de estirpe noble.

Las frías y sorprendentes palabras con que el forastero había saludado tan bruscamente al farmacéutico, no se habían pronunciado, sin embargo, con un tono ofensivo y tampoco, por extraño que parezca, fueron acogidas así por los oyentes. Más bien resonaron con solemnidad e hicieron enmudecer al círculo de ciudadanos. El señor Zorn, por su parte, ocultó su desagrado tras una inclinación respetuosa. Mientras tanto, el extranjero hizo un fugaz gesto con la ma-

no tanto hacia el farmacéutico como hacia el círculo de clientes, como si también quisiera dirigirse hacia ellos, y prosiguió hablando con un tono mucho más complaciente:

—No denigréis, querido maestro, la fuerza misteriosa para cuya indagación tan sólo os falta la clave. El gremio, señores míos, es omnipresente y eterno, como el mundo. Tan sólo que no a todo ojo y a toda mano se le abre la sagrada puerta. Pese a vuestros esfuerzos, señor farmacéutico, tal vez no se os abra nunca, pues hay que solicitarlo. Si los señores aquí presentes, cualquiera que sea su número, quisieran estar presentes mañana, a la misma hora, podrán asistir a algo extraordinario. Después dejaré a su discreción si quieren creer o no.

El extranjero, tras estas palabras, de las que al parecer no esperaba respuesta alguna, pasó sin más al lado del señor Zorn y se dirigió a la puerta situada frente a la entrada, tras la cual se encontraba el laboratorio de la farmacia. El señor Zorn se apresuró a abrirle esa puerta con un exagerado gesto solícito. El extranjero pasó sin detenerse y desapareció en el santuario de la farmacia. Los ojos de los clientes siguieron perplejos a aquella extraña aparición y no sin cierto temor.

Friedrich, el auxiliar, se apresuró a seguir al noble huésped y, a través de la puerta transparente de cristal, pudieron ver cómo se afanaba por averiguar los deseos de aquel señor desconocido y a cumplirlos con la máxima agilidad.

Fuera, en la sala, el comerciante en paños volvió a tomar la palabra:

—¡Eh, qué personaje tan extraño! Por su acento y aspecto parece extranjero. ¿Es un noble polaco?

—No lo sé —respondió el farmacéutico con desconcierto apenas contenido—. Polaco no es, procede de Grecia, por lo que he podido averiguar. Parece haber corrido bastante mundo. Cuando lo conocí hace muchos años, llevaba

la capucha de monje. Parecen gustarle las transformaciones.

Otro ciudadano exclamó entretanto con una risotada:

—¡Así que un hermano alquimista!

Y un tercero, que sacó su reloj de plata del bolsillo del pantalón, comentó:

—Faltan poco para las seis en punto; mañana, a esta misma hora, conoceremos el secreto.

Durante el tiempo en que se pronunciaron estas palabras, la atención siguió dirigida ininterrumpidamente hacia la puerta de cristal. Se podía atisbar algo de lo que acontecía tras ella. Pero sólo se podía reconocer el ir y venir del auxiliar Friedrich: el extranjero se sentaba en una esquina de la habitación y sólo sus manos parecían impartir órdenes. Tras un rato el griego salió del laboratorio, se dirigió al señor Zorn y le dijo con un tono ligeramente casual, pero que no parecía admitir ninguna contradicción:

—Os pido, querido maestro, que mañana temprano tengáis dispuesto un crisol con la necesaria cantidad de metal. Os dejo queelijáis el que queráis. Mañana volveré a la misma hora para presentaros a vos y los señores aquí presentes la verdad del proceso hermético, aunque sólo sea para quitaros el placer por esas bromas y reprobaciones de que gustáis.

QUIEN sea capaz de captar el espíritu de aquellos tiempos, comprenderá que la tienda del farmacéutico estuviera al día siguiente tan abarrotada de clientes que no cupiera ni un alfiler, y que el maestro Zorn mismo y su auxiliar tuvieran las manos llenas para satisfacer los pedidos de café y licores de la ruidosa y confusa masa de ciudadanos.

Tan sólo que el extranjero no entró en la farmacia cuando tocaron las seis, como se había esperado. Cada minuto que pasaba la gente se tomaba más impaciente, pues en casa esperaban las esposas con la cena. Parecía como si el

arrogante extranjero del día anterior fuera a incumplir su promesa, y los honrados ciudadanos ya sentían una agitación de esa odiosa displicencia que suele afectar a las almas de los curiosos cuando no se satisface su curiosidad, por muy impropio que ésta sea. Tanto más se enojaron, por consiguiente, cuando creyeron que no iban a poderles contar nada a sus esposas de lo que les habían hablado durante todo el día con misterioso fanfarroneo.

A eso de las siete un sonriente Friedrich se acercó a su maestro y le susurró algo al oído concerniente a la creciente insatisfacción entre los huéspedes. El señor Zorn negó con la cabeza, pero el ayudante le habló con mayor viveza, como si quisiera convencerle para que hiciese una declaración.

Por fin el farmacéutico dijo con un suspiro malhumorado:

—Pues bien, en el nombre de Dios, haz lo que quieras. Pero déjame que te diga una cosa, no me lo atribuyas a mí cuando te acierte la maldición que parece pesar sobre todo aquello que tiene algo que ver con las artes herméticas.

Y, volviéndose hacia los sorprendidos huéspedes, continuó:

—Háganse a un lado, si pueden. Ya esperamos demasiado tiempo al griego, quien, si lo conozco bien, a estas horas ya estará lejos de Berlín. Ése suele ser el comportamiento de los adeptos itinerantes. Son gente extraña y se las dan de misteriosos. Al mediodía me trajo un mensajero este paquete sellado. El griego, que se llama Laskaris, me manda que haga la prueba prometida con su contenido, da igual si en su presencia o ausencia. Así que dejen a mi ayudante que lo intente con la fuerza de este polvo en apariencia insignificante que noto aquí en esta pequeña bolsa.

Mientras hablaba, el señor Zorn había roto el sello y había sacado de entre varios envoltorios una pequeña bolsa, como la que suelen emplear los farmacéuticos, que rompió por un extremo, mostrando a los huéspedes que se acerca-

ron, en un papel, la pequeña porción de una sustancia gris y granular.

Se produjo un silencio solemne y tenso. Friedrich abrió la puerta del laboratorio y en muda fila entraron los ciudadanos en la habitación de trabajo de la farmacia. Sobre una suerte de sartén se encontraba ya el crisol con mercurio caliente. El joven auxiliar procedió con gran habilidad e hizo todo lo necesario para que el mercurio hirviera.

—Un poco de esta sustancia extendida sobre una capa de cera —explicó el farmacéutico Zorn— bastará, según las palabras del señor Laskaris, para transformar este metal en oro puro.

Mientras decía esto, y Friedrich convertía sus palabras en actos, las miradas de los presentes se clavaban fijamente en la reluciente masa, que ahora se licuó con un ligero silbido. A los testigos del proceso lo que se produjo entonces les resultó tan incomprensible como al que ya poseía conocimientos de química.

Y en ese mismo instante ocurrió lo que muchas noticias y testimonios han confirmado una y otra vez: el mercurio se coloreó de un rojo oscuro. El metal comenzó a borbotear. Una sucesión de colores, del violeta al azul, del azul al verde y al amarillo, cubrió el crisol y su contenido. Poco después, se vio cómo la masa afectada por el fuego palideció de la roja coloración en un brillo amarillo. Cuando Friedrich vertió el contenido del crisol en el habitual mortero de la farmacia, el metal resultó ser de un color amarillo oro, y cuando lo hubo enfriado en el agua con un siseo, trajo la piedra de toque, ácido clorhídrico, ácido sulfúrico y agua regia. Todas las pruebas demostraron que el metal producido no era otra cosa, ni podía ser otra cosa, que el oro de mejor calidad.

Apenas se había cerciorado el público presente de la verdad y corrección del asunto, cuando de repente esa manada de obesos ciudadanos satisfechos de sí mismos se precipitó al mismo tiempo fuera de la tienda y salieron co-

rriendo en todas las direcciones. Cada uno de ellos quería ser el primero que llevara la inaudita experiencia a casa, y pronto la noticia de la maravillosa conversión en oro en la farmacia «Zum Elephanten» se difundió por todas las calles y callejuelas de Berlín.

Poco más tarde, cuando la noticia ya había llegado a los arrabales del floreciente Berlín, se conoció en las estancias del rey Friedrich.

El farmacéutico se quedó solo con su ayudante. Con los dos brazos apoyados en su butaca, el señor Zorn se sentaba sumido en sus pensamientos y de vez en cuando arrojaba una mirada al resplandeciente metal, mientras que los ojos chispeantes del auxiliar irradiaban una inexpresable alegría.

—Tonto Johann Friedrich, querido e inexperto colega —dijo por fin el farmacéutico, y se desprendió con violencia de los pensamientos poco agradables que una y otra vez parecían precipitarse sobre él—, ¿crees tú que al final triunfaremos sobre esta victoria de la ciencia secreta? ¿Crees tú que mi vanidad es lo bastante grande como para recibir satisfacción alguna con el ruido que van a formar allí afuera nuestros dignos vecinos? Esto no me gusta nada. Creo que va a ser el origen de las más graves preocupaciones. ¿Acaso no he intentado lo mismo desde hace muchos años, no he despilfarrado una buena parte de mi patrimonio para lograr el resultado que está ante nosotros, según las rigurosas leyes de la naturaleza y las reglas de mi arte? ¿Y he visto algún éxito, por insignificante que fuera? Querido y joven amigo, te he repetido a menudo que en mi tumba se ha de leer lo mismo que se puede leer en el epitafio del señor von der Sulzburg, en la ciudad de Núremberg, desde hace más de cuatrocientos años: «¡Dedicó mucho tiempo a la alquimia y despilfarró mucho!». Y hoy sigo diciendo: no es verdad lo que he visto. No es más que una vana ilusión. Los metales no se transforman. Tan sólo un espíritu maligno

se mete en ellos y teje la falsa apariencia ante nuestras miradas. ¡Qué es un arte que no se somete al saber!

El ayudante sonrió al maestro con ojos incrédulos. Se sentía tan alegre y orgulloso por haber recibido el honor de ver la gran obra y él mismo haber participado en ella. Con un trasfondo de decepción y un ligero tono de arrogancia en el que no faltaba algo de menosprecio, miró a su señor de soslayo y respondió:

—Lo que ven mis ojos y lo que han confirmado la piedra de toque y los ácidos, posee para mí más valor que toda aritmética y que cualquier saber indemostrable. ¡Venerable maestro, tenemos la verdad frente a nosotros! ¿Cómo puedo condenar con envidioso egoísmo lo que no soy capaz de hacer?

El farmacéutico, que escuchaba con semblante sombrío, leyó claramente los pensamientos tras la joven frente de su aprendiz, pensamientos que iban mucho más allá de sus palabras. Una intensa amargura invadía su corazón. Con una rudeza y aspereza jamás empleada antes con su ayudante, le dijo:

—¿Crees haber visto maravillas y ya te consideras un hacedor de milagros porque has limpiado el crisol y has encendido el fuego para la obra de otro? ¡Te equivocas! ¡El milagro que se ha producido en el crisol es un fraude demoníaco, pese a los ácidos y la piedra! ¡Un hombre honrado no se quema los dedos con eso! Y aún te digo otra cosa, saca el pie de la peligrosa red que quiere atraparte, como me atrapó a mí en mis años jóvenes. Ahora creo saberlo: ese Laskaris no ha venido aquí por mí. En el pasado me convenció para que fuera a Padua, donde realizó el mismo espectáculo ante mis ojos con el hábito de un monje minorita, y con ello me impulsó a sacrificar a partir de entonces mi tiempo y mis energías a esta vana obra. ¡Y ahora quiere apoderarse de ti! Y te digo que esta enfermedad te corromperá antes de que la edad haya ensombrecido tus mejillas.